

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTÍCULOS DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha. **Madrid**.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todas las personas que nos tienen hechos pedidos de esta obra, se sirvan dirigirlos á Madrid en la forma que indica el anuncio y los recibirán inmediatamente.

SECCION RECREATIVA.

EL RASERO DE D. LESMES. (1)

—Mi amo, se ha perdido usted el discurso más sublime y estupendo que sale de boca humana. El que D. Lesmes acaba de pronunciar en el café de Mangarota á los ciudadanos que vamos á formar el comité del partido socialista igualitario de esta ciudad.

—¿Qué estás diciendo Blas? ¿qué comité es ese? ¿qué discurso es ese? ¿qué os ha dicho el gánapiro de D. Lesmes?

—Cosas admirables y consoladoras. Nos ha demostrado como dos y tres son cinco, que todos somos iguales, que la democracia moderna ha levantado ya la bandera de la igualdad humana y que dentro de poco se habrán acabado para siempre los pobres y los ricos.

—¡Ave María Purísima! ¿os los vais á comer crudos?

—No señor. Quiere decir que se habrá acabado ya la diferencia de las fortunas.

—¿Y ha dicho eso D. Lesmes?

—Si señor.

(1) Por tercera vez rogamos á los que se dignen copiar nuestros artículos, que indiquen su procedencia. No es justo les veamos despues reproducidos por otros colegas y presentados como propios del que los copió, sin la indicacion debida.

—Pues dile que es un bárbaro.

—Es que lo ha probado con la ciencia en la mano.

—¿Con la ciencia en la mano?

—Si señor.

—Pues dile que es un animal. Mejor dicho: que él es uno y tú eres otro. Total, dos.

—Mi amo, usted sofoca á cualquiera con sus indirectas...

—Pero hombre, ven acá. ¿Tú no comprendes que el dicho de D. Lesmes es un disparate? ¿Acaso no has oido aquel otro dicho que dice que «en el mundo siempre hubo pobres y ricos?»

—Si señor; *los hubo*, pero D. Lesmes dice, que en adelante *ya no los habrá*.

—¿Por qué?

—Porque la democracia con su rasero nos igualará á todos.

—No tienes tú mal rasero: ¡infeliz! Escucha esta comparacion y veras toda la estupidez que D. Lesmes encierra en su mollera. ó mejor dicho, toda su tunantería. Porque (eso si) mientras os hablaba de igualdad, con seguridad, estaría tomando algun chocolate á vuestra costa.

—Si señor; pero es porque dice que los hombres, para hablar, necesitan comer.

—Sí; pero los galopines para comer necesitan hablar, que es precisamente lo que hace D. Lesmes y todos los ganapanes de su calaña.

Y vamos á la comparacion, que es clara como el agua: figurémonos que tuvieses tú necesidad de levantar una gran casa y despues de llamar á un ingeniero para que te trazase los planos y á un maestro para que los ejecutase, llamases varios operarios; unos para acarrear piedra, otros para amasar la cal, otros para levantar paredes, etc., te pregunto, ¿pagarías lo mismo á todos ellos?

—No señor, ¡como es posible! á cada uno le pagaría segun su trabajo.

—Pues supongamos que alacabaréste, hubo quien trabajó más y gastó menos y ahorró para comprar un pedazo de tierra. ¿Estará bien que el día que la compre vaya D. Lesmes con el rasero y en nombre de la igualdad la reparta entre los que no trabajaron.

—No señor. Eso sería una injusticia.

—Pues esa injusticia es la que os predica D. Lesmes.

—Bien; pero es que en el mundo hay muchos malvados que disfrutan lo que ganaron mal.

—Justo; y por eso vas á repartir lo que ellos ganaron mal entre otros que lo ganaron peor, ó mejor dicho que no lo ganaron ni mal ni bien. El que en el mundo haya ladrones no es culpa de los hombres honrados.

—Pues de quien es.

—De los que en vez de predicar la justicia de Dios, predicán la de D. Lesmes. Es decir, de los que en vez de dar á cada uno lo que es suyo, andan siempre pensando en repartirse lo ajeno. Como si con una injusticia pudiera curarse otra.

—De manera que segun usted la fortuna de los hombres no puede ser nunca igual?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando sean iguales sus talentos, sus fuerzas, sus habilidades, sus trabajos, sus virtudes, su salud, sus economías y hasta su modo de andar.

—¿Qué cosas tiene usted! ¡hasta el modo de andar!

—Claro, hombre; porque solo así es como se gastarán lo mismo en zapatos.

—Déjese usted de bromas, mi amo. La cuestion social es muy triste para no tomarla en serio. ¿Le parece á usted que no es doloroso contemplar ese abismo que separa al pobre del rico. Ese gozar de unos, ese padecer de otros, esa falta de pan por una parte, ese lujo despilfarrador por otra, esa terrible iniquidad que deja hambriento al que trabaja todo un día porque así lo exige el precio del jornal fijado por la maldita competencia?

—Si, Blas, eso es muy triste, pero ¿qué?

—Que hay necesidad de un remedio.

—Y dónde está.

—¿Dónde? En la anarquía, en el colectivismo, en la liquidacion social, en una palabra: en el rasero de D. Lesmes.

—¡Infeliz! ¿por qué no dices en la justicia de Dios? ¿Cuándo has visto tú que un mal se cure con otro mayor? Cierto que Dios se vale de los mismos males para castigar á los que los cometieron, pero no olvides que la vara del castigo

se arroja siempre al fuego despues de usarla.

Lo que en el mundo falta hoy no son revoluciones y motines, sino *justicia* y *caridad*, y mientras esas virtudes no vuelvan á habitar entre los hombres, en vano se arrojarán unos contra otros y se arrebatarán sus bienes, pues solo lograrán que el mal cambie de sitio, no que se vaya; cambiarán los verdugos, pero nó el martirio.

—De manera que usted cree que el daño...

—Creo que el daño no está en que en el mundo haya pobres y ricos, sino en que unos y otros han dejado de ser cristianos.

Desengáñate, Blas; el mundo se ha de arreglar de dentro á fuera, no de fuera á dentro.

Para arreglar los negocios de los hombres hay que empezar por arreglar su corazón; y como en el corazón solo la religion puede penetrar, digo que el bien estar de la sociedad depende de la religion.

Parece imposible que los hijos del pueblo hayan olvidado esta verdad hasta el estremo de atacar esa misma religion que tanto les interesa.

—¿Por qué les interesa?

—Porque el debil es quien más necesita la *justicia* y el pobre quien más necesita la *caridad*. Si la religion se perdiese, el pueblo debería inventarla. La religion es la piedra fundamental de la verdadera democracia, es el *rasero de Dios*, porque es la mano que abate á los poderosos y levanta á los humildes.

—En eso tiene usted razon.

—¿Nó he de tenerla? La religion es una fuerza niveladora que obra sobre el interior del corazón humano, despertando la energía de la conciencia y obligando al hombre á hacer lo que no quisiera. Ella grita al poderoso: «¡ay de tí sino haces justicia!» Y al rico: «¡ay de tí sino tienes caridad!» Ella solo, pues, ha podido engendrar esos grandes santos que han sido los verdaderos amigos del pueblo; esos hombres que han abandonado sus casas, que han repartido sus riquezas y que se han entregado en cuerpo y alma al servicio de los pobres y de los necesitados. ¿Cuándo presentará la impiedad demócratas más verdaderos?

—Jamás.

—Entonces ¿por qué se atreve á hablarnos de libertades, de igualdades y de democracias? ¿Qué entiende de eso la que solo supo engendrar tiranos, egoistas y ladrones?

—¿Ladrones?

—Sí, ladrones, porque la impiedad, para *igualar*, nunca dió de lo suyo, sino que tomó de lo ajeno. Nunca dijo al de arriba, *baja*, sino que dijo al de abajo, *sube*; ó mejor dicho, ayúdame para que suba yo.

—Algo hay de eso.

—Más que algo. ¿Crées tú que si se realizase la llamada liquidación social, el pobre y el debil sacarían mucha parte? Pues te equivocas, porque el reparto sería reparto de lobos, el más fuerte se llevaría la tajada. Lo digo y lo repito. La verdadera democracia, la verdadera igualdad solo puede arrancar de la caridad y de la justicia. Solo la religion, que es el *rasero de Dios*, es capaz de atacar en sus raíces las malas pasiones de los grandes que es lo que conviene á los pequeños.

—Es verdad.

—Pues si es verdad, ¿por qué se dejan engañar? ¿No saben que el cordero será siempre cordero y el lobo, lobo y que si el lobo quiere revolucion es porque tiene uñas?

Desengáñate, Blas, el pueblo representará siempre en el mundo la parte debil de la humanidad, porque no pudiendo ser iguales las condiciones naturales de los hombres, ó sean su talento, sus fuerzas y sus virtudes, tampoco podrán ser iguales su fortuna y su poder.

Y siendo esto así ¿quién más que al pueblo le conviene el orden y la justicia, pero no la justicia del lobo, sino la del *Buen Pastor*; no la de la revolucion sino la del evangelio?

—No la necesitamos, dicen algunos, nosotros derribaremos á los que estan arriba.

—Pues subirán otros y serán peores.

—Despojaremos á los ricos.

—Pues se pondrán en su lugar los que les robaron.

—Es que haremos un reparto igualitario.

—Pues á los quince dias se acabará la igualdad.

No hay que darle vueltas; fuera de la religion no hay justicia posible.

La revolucion no será nunca más que un cambio de tiranías, mientras el evangelio será siempre la fuente de las virtudes.

¡La revolucion! ¡El evangelio! ¡Ah! Si no hubiera tanto interes en tapar los ojos al pueblo para que no compare estos dos *raseros*, ya sabría el cual habría de elegir para alcanzar la justicia que necesita, porque vería, que con el primero hicieron siempre su agosto los ambiciosos, mientras que con el segundo redimió Cristo á los infelices.

¿Necesitaría más para abrir los ojos?

Creo que nó. Por eso hay tanto interes en que los tenga cerrados respecto á religion, y hasta se arrancaría la lengua de los que se la predicán.

¡Señor! ¡y que nó se conozcan estas cosas!

A. C. y G.

LA LIMOSNÁ DEL POBRE.

Dos señoras que forman parte de una asociación de caridad establecida en París, recibieron no hace mucho tiempo la misión de visitar una pobre familia del barrio de San Marcelo, en el cual se llora hoy aun, como todos saben, la muerte de la hermana Rosalía. Equivocando las señas que les habían dado, entran en una casa de triste y pobre aspecto, suben trabajosamente una escalera oscura y llaman en todas las puertas que encuentran al paso. En el primer piso nadie contesta; en el segundo, al llamar en la tercera puerta de la derecha, una voz débil responde: adelante.

Abren y se hallan en un cuarto muy limpio, pero completamente desprovisto de muebles. Una mujer jóve, de fisonomía interesante, en la que se descubren todavía las huellas de la fiebre, está echada en un jergon sobre el suelo. Al lado tiene una botella de agua y un vaso.

Las visitadoras le preguntan si es ella acaso la que les han encargado socorrer.

—Yo no he solicitado el socorro—les dice ruborizándose—y muy pronto una Hermana de la Caridad me traerá las medicinas que necesito para completar mi curacion, porque en la actualidad estoy casi enteramente bien. Pero—añadió, animándose é incorporándose á medias—¡oh, sí! ciertamente es Dios quien os envía y quien ha hecho os detuviérais ante mi puerta. Subid otros dos pisos, y llamad en la del cuarto que cae encima de éste. ¡Dios haga que no sea demasiado tarde! Apresuraos, si queréis llegar á tiempo; os lo pido por favor.

Las dos señoras subieron prontamente, como puede suponerse, las escaleras, y llamaron en la puerta que se les había indicado: nadie contesta: llaman de nuevo una y más veces, y al fin una voz bronca responde:

—¿Quién llama!

—Abrid, os traemos algun socorro...

—No tenemos necesidad de socorro: ¡dejadnos morir!

—¡Abrid por Dios! ¡Abrid sin tardanza!

—No, os he dicho, dejadnos en paz; nos queda muy poco que sufrir.

—¡Abrid en nombre de Dios! vuestra vecina del segundo piso es la que nos envía.

—¿Nuestra vecina?

—Sí; una pobre jóven muy enferma.

—¿Nuestra vecina enferma!

Y al decir esto la puerta se abre, rompiendo los papeles que tapaban herméticamente todas sus rendijas. La única ventana de la bahardilla estaba cerrada del mis-

mo modo; y el fatal hornillo de carbon, colocado en el centro de la estancia, comenzaba á despedir el gas mortífero. El hombre se hallaba en pié: la mujer, de rodillas, al lado de un monton de harapos, sobre el cual dormían dos niños, ocultaba su cara entre las manos. La impresion fría del aire exterior despertó á uno de los dos niños.

—¡Mamá, pan!—exclamó inmediatamente.

—¡Ah!—dijeron las dos señoras á un tiempo—nosotras no tenemos pan, pero hé aquí azúcar, chocolate... come, come, hijo mío;—y la más jóven cogió en sus brazos al niño, que devoraba el chocolate con avidez.

—Mamá—dijo—¡cuán bueno es! ¿Estamos ya en el paraíso? ¿Son estas señoras los ángeles de que nos hablabas?

La madre contemplaba llorando á su hijo en brazos de aquella señora; pero la de más edad, dándole algun dinero, le encargó fuera cuanto antes en busca de otros alimentos más sustanciales.

El padre miraba el cuadro con el aire de un sonámbulo: al fin y como quien despierta de una pesadilla:

—Señoras—dijo—venís en nombre de nuestra vecina del segundo piso; ¿sois acaso sus amigas?

—No; una feliz equivocacion nos ha hecho llamar en la puerta de su cuarto: viéndola enferma, le hemos ofrecido algun socorro, pero lo ha rehusado todo para enviarnos aquí. ¿Quién es vuestra vecina?

—¡Un ángel, señora, un ángel del cielo! Nuestra vecina es obrera y trabajaba para un gra almacén de ropa blanca. Su jornal le bastaba para vivir y aun le procuraba algunas comodidades, cuando vinimos á esta casa. Con frecuencia le sucedía encontrar á mis hijos en la escalera y nunca dejaba de hacerles caricias y daries algunas golosinas, cuando yo caí en cama, con una enfermedad terrible, la fiebre tifoidea. Mi mujer criaba entonces nuestro segundo hijo. Para que ella pudiera descansar, nuestra vecina subía á velarme por la noche. despues de haber trabajado todo el día. Nuestros ahorros y los suyos se agotaron muy pronto, y por último, todo su menaje fue á reunirse con el nuestro en el Monte de Piedad. Dos días hece no la veíamos: aunque débil todavía, he bajado esta mañana hasta su cuarto, y al encontrarla enferma y ver aquel cuarto desmantelado completamente por nuestra causa, he perdido la cabeza y he vuelto aquí furioso contra mi mujer porque no me había dejado morir de mi enfermedad para morir de hambre, y resuelto á poner término de una vez á tanto sufrimiento. Llévate tus hijos, le he dicho; ella no quería dejarme y ha tratado de calmar mi desesperacion, pero yo estaba loco, y me ha contestado:—Pues bien, si tú quieres morir, moriremos todos juntos: se ha puesto á rezar y me ha dejado hacer: nuestros hijos dormían y vos babeis venido...

La mujer entró en aquel momento con un cesto bajo el brazo y sosteniendo á la jóven obrera, que fué á sentarse sin aliento sobre

los harapos que servían de cama á los niños.

—¡Oh, Pedro, Pedro—dijo tan pronto como pudo hablar—vuestra mujer me lo ha contado todo y subo á reñiros! ¡Cómo, despues que Dios os ha curado, y cuando dentro de pocos días estareis en disposicion de comenzar nuevamente vuestro trabajo, habeis querido hacer lo que la enfermedad no ha hecho! ¿Habeis pensado de veras en ello? ¡Mataros y matar á vuestra mujer y á vuestros hijos! ¿Sabeis que ese es un crimen enorme?

Pedro la miraba conmovido; gruesas lágrimas corrían abundantes por sus mejillas. Al fin no pudo resistir más, y cayendo de rodillas, exclamó entre sollozos:

—¡Perdon, perdon, yo soy un desgraciado y no un ángel como vos! Al veros enferma, careciendo de todo por culpa nuestra, me ha parecido que era vuestro asesino, y no se lo que he hecho.

La señora de mas edad tomó entre las suyas las manos de la obrera:

—Sí, hija mia, Pedro tiene razon—le dijo—vos sois un ángel. Se nos créé caritativas porque hacemos algun bien. Pero vos lo habeis sacrificado todo, todo, hasta vuestra vida. ¡Oh, cuán bella corona os espera en el cielo!

No tenemos necesidad de añadir que las dos señoras se apoderaron de todas las papeletas del Monte de Piedad, y que el mismo día el moviliario de las dos habitaciones ocupaba de nuevo su lugar, y que bendiciendo á la Providencia que les había puesto ante los ojos tan heróico ejemplo de caridad, fueron en busca de la pobre familia, cuya visita se les había encargado, la cual no perdió nada por aquel retraso involuntario.

Está visto que la caridad cristiana es la fuerza de las almas, el remedio de los males y la reparacion de todas las ruinas. Un poco mas de caridad y en el mundo no habria desesperados.

Y cómo había de haberlos, si el amor de Dios que es la caridad, sería un bálsamo para todos los dolores.

Bendita caridad, tú eres el consuelo de los hombres. ¡Qué desgraciados son los que no te conocen por vivir entregados á sus pasiones!

B, de la A. C. de V.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

24. El leproso. El siervo del centurion,

Invócame en el día de la tribulacion, y yo te libraré, y tú me honrarás. *Salmo 49. 13.*

1. EL LEPROSO. Al descender Jesús de la montaña se le presentó un leproso y prosternándose á sus piés le adoró, diciendo: «Señor, si tú quieres, puedes

curarme.» Extendiendo Jesús su mano le tocó y dijo: «Pues quiero, ¡sé curado!» Y al momento quedó este hombre libre de la lepra. Jesús le dijo: «Mira, que no lo digas á nadie, pero vé, preséntate al sacerdote y haz la ofrenda prescrita por Moisés para que les sirva de testimonio.»

En la Antigua Alianza, cuando un leproso quedaba curado, tenía que presentarse á los sacerdotes, los cuales le declaraban limpio y absuelto. Esta absolucion del sacerdote era una figura de la absolucion sacerdotal, que existe en la Nueva Alianza para los leprosos espirituales, es decir, para los pecadores.

2. EL CENTURION DE CAFARNAUM. Dirigióse despues Jesús á Cafarnaum, en donde se llegó á él un centurion romano, que le dirigió esta súplica: «Señor, mi criado está paralizado y postrado en cama, sufriendo cruelmente.» Jesús le contestó: «Yo iré y le sanaré.» Mas el centurion le dijo: «Señor, no soy digno que tú entres en mi morada, pero di solo una palabra y sano será mi criado.» Al oír esto Jesús, admirado dijo á los que le seguian: «Verdaderamente os digo que no he hallado fé tan grande en Israel, y así os digo, que muchos vendran del Oriente y Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas: allí será el llanto y el crujiir de dientes.» Despues dijo Jesús al centurion: «Vete, y succédete conforme has creído.» Y en aquella misma hora quedó el criado del todo sano.

25. El hijo de la viuda de Naim.

Así como el Padre resucita á los muertos, y les da vida: del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. *Juan 5. 21.*

De Cafarnaum se fué Jesús á una ciudad llamada Naim. Sus discípulos fueron con él y una grande muchedumbre de pueblo. Al llegar cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de una viuda. Su afligida madre y mucha gente de la ciudad acompañaban el féretro. Luego que la vió el Señor, movido á compasion la dijo: «¡No llores!» Despues se acercó y tocó el féretro (y los que lo llevaban, se pararon) y dijo: «¡Mancebo levántate, que yo te lo mando!» En el mismo instante el difunto se incorporó y empezó á hablar, y Jesús se le entregó á su madre. Al ver esto se apoderó de todos los circunstantes un grande temor. Glorificaron á Dios, diciendo: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo.»

Cual á este jóven, así despertará un día Jesucristo á todos los hombres del sueño de la muerte. Pero también ya ahora resucita Jesucristo, en el Sacramento de la penitencia, de la muerte del pecado á los que han muerto espiritualmente.

26. Magdalena, la pecadora penitente.

«Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva.»

Ezequiel 33. 11.

Un Fariseo, llamado Simon rogaba á Jesús que fuese á comer con él, y habiendo entrado en la casa Jesús se sentó á la mesa. En la misma ciudad vivía una pecadora pública, llamada *María Magdalena*. Sabiendo ella que Jesús estaba á la mesa en casa del Fariseo, presentóse con un vaso de alabastro, lleno de bálsamo precioso, y postrándose á sus pies comenzó á regarlos con sus lágrimas; los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungió con el bálsamo. Viendo esto el Fariseo que había convidado á Jesús, decía para consigo: «Si éste fuera profeta, bien sabría quien es esta mujer que le toca; porque es pecadora.» Jesús penetrando sus pensamientos le dijo: «Simon, tengo que decirte una cosa: Un acreedor tenía dos deudores, el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen con que pagarle, les perdonó á ambos la deuda. Dí, pues, ¿cuál de los dos le amará más? Contestó Simon: «Pienso que aquel á quien perdonó mayor cantidad.» Jesús le dijo: «Bien has juzgado.» Y volviéndose hacia la mujer, dijo á Simon: «¿Vés á esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua con que lavar mis pies, mas ésta los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me besaste; mas ésta, desde que llegó no ha cesado de besarme los pies. Tú no ungió mi cabeza con óleo, pero ésta ha derramado sobre mis pies sus preciosos perfumes. Por todo lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque ha amado mucho.» Y luego dijo á la mujer: «Perdonados te son tus pecados, vete en paz.»

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIETADES

Tres recetas.

1.^a *Para tener salud.* Haz ejercicios proporcionados á tus fuerzas pero diarios y al aire libre; nunca comas hasta la saciedad; no bebas hasta la embriaguez; sé limpio hasta la pulcritud pero no uses cosméticos ni otras supercherias de tocador; no con-

traigas, en fin, hábitos viciosos, porque el hábito es un tirano.

2.^a *Para ser rico.* Trabaja siempre, mientras puedas y en lo que entiendas; gasta siempre un poco menos de lo que ganes; paga siempre al contado; nunca prestes cantidad mayor de la que en su caso, puedas buenamente condonar ó dar; nunca respondas de la insolvencia de otro, sin tener la cantidad por la cual salgas fiador, ni comprometas en especulaciones lo que necesitas para vivir.

3.^a *Para ser feliz.* Cumple con todo rigor las obligaciones de tu estado; se compasivo y benéfico; trabaja todo cuanto puedas; ama

Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.

PENSAMIENTOS.

Donde quiera que exista una sociedad, se necesita una religion. Las leyes velan sobre las costumbres públicas, la religion sobre la vida privada.

Voltaire.

¿Qué son los imperios sin la justicia, más que grandes cuadrillas de bandidos?

S. Agustín.

La religion y la moral son los sostenes indispensables de la prosperidad pública.

Washington.

LA CRUZ

CAMINO DEL CIELO.

